

LIBRO IV.

LA VIBORA Y LA PALOMA.

I.

De cómo se preparaba el matrimonio de D^a Inés, y de lo que con este motivo pasó en la casa de ésta.

EN aquellos dias no se hablaba en México de otra cosa que del matrimonio de la rica hija del marqués de Rio-florido, con D. Guillen de Pe-reyra. El baile y las fiestas del bautismo del hijo de la vireina eran ya una cosa pasada; pero el ma-trimonio de D^a Inés daba pábulo á todas las conversa-ciones.

Los unos criticaban á la dama el que pensase en boda cuando apenas hacia pocos dias habia muerto su padre de una manera tan trájica.

Los otros la echaban en cara su eleccion, porque D. Guillen era conocido en la sociedad de México por un hombre sin bienes, sin carrera y sin recomendacion alguna.

Quién la disculpaba atendiendo al aislamiento en que estaba, quién hacia por la precipitacion de aquella boda comentarios muy desfavorables al honor de la dama.

En cuanto al Señorito, quizá algunos en su interior le envidiaban la buena suerte; pero nadie se atrevia á hablar bien de él en público, y lo mas que llegaban á concederle era una regular figura.

Pero en medio de todo esto, D. Guillen seguia haciendo los preparativos para el matrimonio, y D^a Inés casi estaba impaciente porque llegara aquel dia.

La Apizca y Luis eran los dos confidentes de la dama, y le referian cuanto acerca de ella y de su boda se decia en la ciudad.

Una noche, Luis estaba sombrío y entró á hablar con D^a Inés que estaba sola.

—¿Qué dicen de mí las jentes?—preguntó ella.

—Señora—contestó Luis—dicen tanto mal de este matrimonio, y lo declaran tan desigual, ó mas, que si su merced se casara conmigo.

—Casi tienen razon, exclamó D^a Inés, pensando en que ella habia sido la dama de un rey tan poderoso como Carlos II.

—¿Y por qué no lo desbarata su merced?

—Es imposible: ese hombre conoce algunos secretos que podrian perderme; pero no sé por qué al acercarse el dia de la boda siento un horror. . . .

—Sabe su merced lo que he pensado?—dijo derrepente Luis irguiéndose y cambiando de tono.

—¿Qué cosa?—preguntó con estrañeza D^a Inés.

—Que no se case su merced con D. Guillen, sino conmigo.

—Contigo. . . . contestó la dama lanzando una carcajada.

—Sí—dijo sombríamente Luis—conmigo; tengo ya esa idea y será.

Entonces D^a Inés miró á Luis con asombro, creyó que habia perdido el juicio, que estaba loco, y tuvo miedo.

—¿Estás loco?—esclamó por fin D^a Inés.

—Loco, loco—repitió Luis, irguiéndose mas—¿loco, porque quiero ser vuestro marido?

D^a Inés notó con espanto que ya Luis no le decia “su merced” como antes.

—¿Tú mi marido? ¿y puedes pensar eso? ¿tú mi marido?

—Sí, yo, yo: ¿pues qué diferencia encontrais entre un Guillen de Pereyra y un Luis de Cabrera? Vos sabeis bien, señora, que tanto vale el uno como el otro, y en caso de haber alguna diferencia, la ventaja está de mi lado.

—Luis, y te atreves á decir eso y á pensarlo siquiera?

—No solo lo pienso, sino que formalmente os propongo que digais á D. Guillen que no vuelva mas á esta casa, y que fijeis el dia de nuestro matrimonio.

—¡Desgraciado!—contestó D^a Inés riéndose—seria capaz de mandarte arrojar á palos de mi casa, si no conociera que tu razon está estraviada.

—Os cuidariais muy bien de semejante cosa, señora; porque entonces iria yo directamente á la justicia y le contaria quién habia dirigido el negocio de la calle del Relox, y quién habia robado á la dama de esa casa, y adónde estaba esa dama.

—¡Silencio, miserable!

—Dejadme concluir, señora, porque yo contaria tambien por qué murió José, el hombre que fabricó el muro. . . .

—Que calles te digo!—esclamó levantándose D^a Inés.

—Y yo diria qué dama recatada recibia en su cámara á un perdido como D. Guillen....

—Infame!....

—Y haria saber tambien quién era la dama que entraba en las altas horas de la noche al palacio á negocios de denuncia con el vírey.

—Luis, Luis!

—Sí, porque yo sé todo eso, y de todo eso tengo pruebas.

—Oh, sí, pero á tí te costaria tambien la cabeza—¿lo entiendes?

—Y qué me importa: qué tengo yo que perder, pobre, miserable, agoviado por los remordimientos: ¿qué importaba que ahorcaran á un llamado Luis de Cabrera? Y vos; ¡ah! eso era otra cosa: en un asno os llevarian á la horca á vos, á la hija del marqués de Rio-florido en un asno; iriais desnuda de la cintura arriba....

—Calla, por Dios! dijo Inés espantada y en tono de súplica.

—Y con voz de pregonero se anunciarian en cada esquina vuestras gracias....

—Por María Santísima....!

—Y por mano de verdugo recibiriais algunas *arrobas* de azotes, que darian mucho que reir á los muchachos y á los ociosos.

—Luis, tienes alma de demonio.....!

—Y luego al son de la campanilla del Señor de la Misericordia os harian llegar pié á tierra y descalza hasta la horca.... ¿entendeis?

—Luis!—decia con angustia la dama, representándose en su imaginacion aquella escena espantosa—Luis! no te creia tan perverso.

—Ahí al pié de la horca entre los gritos lastimeros de los sacerdotes que os ayudaran en el último trance, recibiriais un crucifijo de bronce....

—Jesus me acompañe!—esclamó D^a Inés aterrorizada y cubriéndose el rostro con sus manos.

—¡Jesus me acompañe! ¡Jesus me ayude!—Así, así esclamaréis aunque con más fervor, con mas fervor, porque no se tratará como ahora de una relacion; no; entonces será la espantosa realidad, y sentireis el áspero dogal que rodeará vuestro delicado cuello, y os estremecereis de terror, como os estremecéis en este momento solo de pensarlo.

En efecto, D^a Inés no hablaba, pero se estremecia de horror, se presentaba á su vista un cuadro en el que jamás habia pensado; pero que podia realizarse con la sola voluntad de Luis; la dama lloraba. Pero Luis siguió implacable, y dando á su voz un tono fatídico y misterioso continuó:

—En ese momento los gritos de los sacerdotes serán mas fuertes, como para anunciaros que llegó el momento supremo; os faltará el apoyo que os sostenia, y quedareis suspendida en el aire, luchando en una agonía espantosa.

—¡Jesus!—dijo D^a Inés dejando caer como desvanecida su cabeza sobre uno de sus brazos que se apoyaba en una rinconera.

—Despues de eso, permanecerá colgado en la horca para escarmiento y ejemplo de malvados, el cuerpo de D^a Inés de Medina, y luego á una sepultura sobre la que nadie rezará nunca, y cuando mas será señalada por las madres que dirán á sus hijitos: “no se acerquen aquí, es el sepulcro de la mujer mala, de la ajusticiada.”

Luis calló, y D^a Inés lloraba en silencio; así se pasó algun tiempo. Por fin él dijo con dulzura:

—Todo eso es espantoso ¿es verdad? pero todo eso se evitará muy fácilmente; consentid en ser mi esposa, callo entonces, nos casamos y nos vamos á donde nadie conozca nuestra historia.

—Luis, no te creia yo tan malo, tan malo!

—Decid mas bien, señora, que me creiais un imbécil, un hombre cuya conciencia se podia comprar y corromper con un puñado de dinero. ¿Esto era lo que creiais, es verdad? Que yo habia de ser eternamente vuestro instrumento que matara, que robara, que cometiera toda especie de crímenes por orden vuestra, como lo he hecho sin mas recompensa que un sueldo un poco mas alto que el de un lacayo cualquiera; no, señora, no: vos habeis perdido mi alma: por vos siento en mi corazon espantosos remordimientos; mi sueño es corto y agitado, temo á todas horas del dia, no la mano de la justicia, porque hay momentos de desesperacion en que yo mismo quisiera denunciarme; no, la mano de Dios; los crímenes en que os he acompañado, los que por orden vuestra he cometido, están siempre fijos en mi memoria: esa dama infeliz, con su locura, con sus delirios, me parte el alma, y si no hubiera perdido su razon, os juro que yo mismo la habria puesto en libertad; y todo esto me pasa por vos, por vos, señora: cuando entré á serviros yo era un hombre pobre, pero honrado; vos me habeis precipitado, y de condescendencia en condescendencia, y de debilidad en debilidad, me habeis convertido, sin saber yo cómo, en un criminal, en un monstruo; pero yo, señora, no soy tonto, y al enseñarme el camino del crimen, habeis abierto mis ojos á ideas que no tenia: estoy perdido por vos; pero vos me dareis una recompensa digna. . . . sereis mi mujer ú os llevaré al patíbulo; elejid, señora, elejid, por-

que estoy resuelto á todo: ó pagais mis crímenes dejandooos conducir por mí al altar, ó pagais los vuestros, acompañandome al patíbulo: ó la suprema felicidad para mí, ó la muerte y la deshonra para vos; elejid.

—Luis, Luis, ¡por Dios!

—Elejid, señora, elejid; estoy resuelto.

—¿No tendrás compasion de mí?

—¿Y la habeis tenido vos de mi conciencia? ¿y la habeis tenido vos de vuestras víctimas, de esa dama infeliz que jime emparedada y loca?

—Yo pondré libre á esa mujer.

—De nada le servirá ya á la desgraciada.

—Yo te haré rico.

—Es que no solo quiero dinero, os quiero á vos, porque he llegado á tener por vos, señora, una pasion infernal, que no os quise confesar nunca porque me hubiérais mandado arrojar á palos de vuestra casa.

—Pero si me amas—esclamó D^a Inés mirando una esperanza—si me amas ¿cómo te complaces en atormentarme? el amor es el sacrificio de nosotros mismos en bien de la persona amada.

—Cada cual entiende á su modo el amor, y yo lo comprendo queriendo que seais mia: ¿creis, D^a Inés, que sin este amor os hubiera obedecido tan ciegamente?

—Luis, yo te amaré, pero mas adelante.

—¡Oh señora! yo no soy un niño á quien se engaña de esa manera: quizá os perdonara otras cosas; pero oid lo que no os perdonaré nunca, porque habeis herido mi dignidad de hombre, D^a Inés; vos no podiais dejar de conocer que yo era hombre y era jóven, y sin embargo, como si fuera yo un perro, delante de mí haciais lo que solo os seria permi-

tido hacer delante de otra mujer, y era tal el desprecio que sentiais por mí, que para vos no era yo siquiera hombre, ni siquiera merecia yo vuestro recato y vuestro pudor.

—Luis, te comprendo, perdóname.

—Ya no es tiempo, señora, elejid, os digo; ó el matrimonio ó el patíbulo.

—Luis—dijo D^a Inés arrodillándose delante de él—¿qué dirá la sociedad? ¿qué se dirá de mí?

—Dirán menos que si os ven ahorcar.

—Por Dios, Luis, ¿qué hago entonces con D. Guillen?

—Ese corre de mi cuenta: resolvéos á ser mi esposa.

En este momento se oyó ruido á la entrada y llamaron á la puerta.

D^a Inés se levantó precipitadamente y limpió sus lágrimas.

—Adentro—esclamó, procurando reportarse.

—D. Guillen de Pereyra—anunció la Apipizca.

—Que pase—contestó D^a Inés.

—Ni una sola palabra de lo que ha pasado direis á ese hombre, ó sois perdida—dijo Luis.

—No—esclamó D^a Inés.

El Señorito entró, Inés le recibió con una amable sonrisa y Luis se retiró tomando un aire de respeto.

II.

De lo que Doña Inés y D. Guillen hablaron y determinaron respecto a Luis, y de lo que aconteció despues.

INÉS—dijo D. Guillen—¿qué tienes? te encuentro triste, preocupada.

—Luis, me acontece una cosa extraordinaria.

—Dímela, mi bien.

—Oh! es una cosa verdaderamente horrible, horrible!

—Qué hay pues? habla, dime, me haces estremecer.

—Guillen: Luis ha tenido el atrevimiento de proponerme que te despida, que corte relaciones contigo y que me case con él.

—¿Luis! ¿quién es Luis, amor mio? no le cónozco.

—Luis es el criado de confianza que emparedó á esa mujer.

—¿Un criado! ¡un lacayo! un miserable ha tenido osadía para decirte semejante cosa? ¿y tú lo has tolerado con paciencia? ese hombre está loco, loco de atar.

—Ay Guillen! lo mismo pensé yo y se lo dije al principio; pero ha tenido el atrevimiento de amenazarme....